

superaba en mucho al que, en casos de excepción, se les llegó a exigir a los habitantes de otras regiones. Puede afirmarse que el peso del Imperio recayó muchas veces, en su totalidad, sobre los hombros del pueblo castellano. Un pueblo que rompió todos los moldes y cuyas gentes, según Humbolt, eran los "seres más increíbles" que se han movido nunca sobre la faz de la tierra. En este aspecto, Castilla estuvo sola en duros y gravísimos momentos. Empresas castellanas -como fue en exclusiva la conquista de América- concebidas tal vez para titanes, serían a duras penas repaldadas (y ello sólo en especiales circunstancias) por los restantes pueblos peninsulares. Y así dijo Quevedo, el más acre censor de nuestra decadencia:

En Galicia y Portugal
no hay quien tribute un real.
Cataluña y Aragón
son de la misma opinión.
Sólo Castilla y León
y el noble reino andaluz
llevan a cuestras la cruz.

El mal estaba dentro. Blandeándose el rigor de las leyes y la presión ejercida sin desmayos por los Reyes Católicos y los primeros Austrias para asumir el gobierno de tan extensos dominios con "unidad de acción", los reinos peninsulares desarrollan de muy diversas maneras un rápido proceso de inhibición interior. Esto es, una clara negativa a respaldar al Imperio. (Los versos de Quevedo lo atestiguan en parte). Desaparecido Felipe II, cada región española parece abroquelarse tras sus fueros, y aquella "unidad de acción" que con tal eficacia operó tiempo atrás se desintegra. Poner una pica en Flandes, cuanto más un ejército, resulta abrumador. Los reinos españoles se debaten con relación a la Corona en un torpe forcejeo de competencias del que cada cual ("perdido el horizonte y el ideal colectivo") se esfuerza en obtener la dirección exclusiva de sus antiguos dominios territoriales. Todo esto y la escasa energía con que se enfrenta el Rey a la crisis interna, que camina a grandes pasos hacia una franca descomposición, es el germen principal del desaliento, de esa apatía inconfesable pero generalizada que aflora, sin embargo, en todos los escritores de la época -especialmente en Quevedo- con el más crudo y negativo pesimismo.

Porque no hay que engañarse: para los espíritus liberales de aquel tiempo no era el puño cerrado de Felipe II lo que habría que cuestionar (tácitamente vienen a confesarlo nuestros clásicos) sino la mano abierta de Felipe IV. Contradicción humana que, en



choque permanente con las duras exigencias del momento, provocaría de rechazo- y sobre todo en gentes con mentalidad renacentista- un hondo bache moral. No fue otro el origen de nuestra decadencia, por más que se confunda -todavía- el continente con el contenido.

Cervantes no llegó a conocer en toda su extensión lo que dejamos apuntado más arriba. Pero sí pudo captar, y lo insinúa en el Quijote, los primeros síntomas de aquel egocentrismo insolidario que puso a España al borde de la desaparición como empresa histórica colectiva. Por encima de los graves errores de gobierno, totalmente insoslayables, parece evidenciarse esta insolidaridad con un Imperio que en buena lógica, y en consonancia con el rechazo interior de que fue objeto, debió llamarse el IMPERIO CASTELLANO solamente.

Hay una primera causa en el trasfondo histórico de todo este proceso. Un acontecimiento que actuó como desencadenante de la futura disgregación nacional: la entrada de los pueblos mercantiles en la nueva dirección del gobierno europeo, iniciada por Holanda e Inglaterra. "El Mercantilismo", nombre que se le aplica al sistema puesto en marcha por la recién nacida burguesía capitalista, no sólo representa un programa de acción socioeconómica sino el dominio de todos los resortes del poder efectivo con otros atributos más sólidos e influyentes que los